



LA ALEGRÍA DE SER ESCUCHADOS (LA ORACIÓN, I)

Juan F. Muela

I. INTRODUCCIÓN

Los cristianos oramos. O eso decimos. Oramos porque queremos agradecer las maravillas de la vida y también porque nos sentimos pequeños, impotentes y a menudo con miedos e inquietudes que nos superan. Oramos porque necesitamos perdón, fuerza, valor, fe. Oramos porque necesitamos la seguridad de que no estamos solos, de que somos conocidos y valorados por Quien es el Fundamento Último del Universo y de todo cuanto existe. Porque no nos resignamos. Porque el hambre de inmortalidad, de Bien y de Belleza que anida en nosotros nos eleva por encima de la animalidad de la que surgimos. En definitiva, como decía William James: Oramos, sencillamente, porque no podemos dejar de orar. Oramos porque, aunque nuestras necesidades pueden empujarnos a la oración, allí nos hallamos cara a cara con nuestra mayor necesidad: un encuentro y una relación con el propio ser de Dios.

En teoría, la oración es el acto esencial humano que constituye, si no el único, al menos el lazo más subjetivamente perceptible de Dios con nosotros. Sin embargo, oramos cada vez menos y con menos confianza, porque en la práctica muchas veces la oración se ha convertido para nosotros en fuente de confusión, frustración e incomodidad, cuando no de tedio o sentimientos de culpabilidad. Tenemos cada vez menos tiempo para nada. Desde luego, no para conversar despreocupadamente con alguien y menos aún para ejercitar la contemplación meditativa que la oración requiere.

¿Porqué la oración ocupa un lugar tan alto en las encuestas sobre su importancia teórica, pero tan bajo en las encuestas sobre su satisfacción real?

Por todas partes uno encuentra la brecha que separa la oración en la teoría y la oración en la práctica. Y la prueba más fehaciente de ello es constatar la poca importancia real que se da a la oración personal como disciplina necesaria y perseverante, la poca asistencia que se registra a los encuentros de oración eclesiales, la pequeñísima parte que la oración ocupa en nuestros cultos dominicales.

Sí, realmente necesitamos volver sobre esto una y otra vez porque, si bien es cierto que la oración no es ni mucho menos el todo del creyente y de la iglesia, no es menos cierto que cuando la centralidad de la oración se diluye todo se

viene abajo: la fe, el compromiso, la conciencia, la solidaridad, el amor fraternal, el sentido mismo de la existencia de la iglesia.

El sociólogo judío Daniel Yankelovitch, un agudo observador de las tendencias sociales del mundo occidental, apunta un cambio cultural aparentemente secundario que alcanzó su apogeo a mediados de los 60, hasta hoy. Antes de esa década, la sociedad valoraba la negación propia, el espíritu de sacrificio, la “gratificación diferida”. Desde entonces todo ha cambiado: el valor en alza es el “lo quiero todo y lo quiero ya”. Se valora a los arribistas, a los trepadores, a los triunfadores rápidos y efímeros (triumfitos y famosillos). Escuchamos a nuestras necesidades emocionales y queremos que sean satisfechas ya, sin sacrificio ni espera. Compramos lo queremos a crédito y nos deshacemos sin muchos cargos de conciencia de lo que nos resulta molesto sin intentar resolverlo o siquiera considerar si tiene arreglo. Todo es desechable y provisional, como decía el cantante Joan Manuel Serrat.

Bajo esas nuevas reglas, la oración ya no encaja y tiene todas las de perder, porque exige disciplina, escucha, espera, tiempo, silencio, sensibilidad, ... Incluye perseverar en los periodos de oscuridad y sequía y es difícil cuantificar sus resultados. Nuestra época no ama las cosas que crecen, sino los productos instantáneos de la tecnología. Rara vez satisface de inmediato nuestros anhelos emocionales. La oración verdadera, sentida, profunda, constante, es cosa del pasado. Obsoleta. Cuestionable. Malos tiempos para la lírica. Malos tiempos para la plegaria. Así que, otra vez nos vemos contracorriente, contra el espíritu de los tiempos.

Es mi intención que a lo largo de una serie de cinco predicaciones toquemos este tema tan vital y tan preocupante. Y lo haremos de la mano de dos grandes maestros de oración, a quienes citaremos con frecuencia: C.S. Lewis y Philip Yancey. Y debo decir, con temor y temblor, que no pretendo hablar desde la cátedra del experto, sino como caminante, con vosotros, como peregrino al que asaltan las mismas preguntas que a vosotros se os puedan ocurrir en cualquier momento:

¿Está Dios realmente oyéndome?

¿Por qué Dios, con lo que hay por ahí, va a preocuparse por mí?

Si Dios lo sabe todo ¿qué sentido tienen orar?

¿Por qué las respuestas a la oración parecen tan subjetivas, tan poco objetivas, tan aleatorias, tan inconsistentes, tan caprichosas?

¿Por qué Dios me parece a veces tan cercano y a veces tan distante?

¿Puede mi oración mover el corazón de Dios, alterar algo, influir para bien en algo que no sea meramente yo mismo?

Muchas cuestiones, muchas incertidumbres, muchas debilidades que me hacen –nos hacen– preguntarnos con el apóstol Pablo: “Miserable de mí, ¿quien me librerá de este círculo vicioso que parece no tener solución ni salida?”

En palabras de Philip Yancey, en su libro *La oración. ¿Hace alguna diferencia?*,

“La mayoría de los conflictos que tengo en mi experiencia como cristiano giran alrededor de los dos mismos temas: Por qué no actúa Dios de la manera que yo quisiera que lo hiciese y por qué no actúo yo de la manera que Dios quiere que lo haga. Pues bien, la oración es justo el punto preciso donde esos dos temas convergen, se fusionan, se enfrentan y estallan con toda su fuerza.”

En esta primera predicación vamos a abrir boca y empezar con buen pie este tema tan peliagudo y problemático, para lo cual nos acercaremos a un texto fresco, optimista y esperanzado que, curiosamente, fue escrito en las peores circunstancias imaginables, Filipenses 4:4-7.

No resuelve por sí mismo la problemática de la oración pero sí reivindica su verdadero valor y sus verdaderas consecuencias. En él, la oración no va ligada al miedo o a los deseos, sino a la alegría profunda de ser quienes somos y estar donde estamos, a la serenidad del espíritu y de la conciencia, porque se asume real y profundamente la maravilla de sentirnos escuchados y cercanos a un Dios que siempre es Padre; que nos hace sentir personas y a la vez hijos valiosos y que, en cualquier circunstancia, nos da el valor y la serenidad necesarios para asumir cada vez más compromisos con los demás, con Él y con su Reino, con esa voluntad suya de reconciliación, de relación y de felicidad que en el fondo todos los seres humanos ansiamos y necesitamos para no desesperar definitivamente.

II. DESARROLLO

FILIPENSES 4:4-7

“Alegraos –regocijaos– siempre en el Señor. Os lo repito: Alegraos. Que todos os conozcan por vuestra amabilidad –bondad–. El Señor está cerca.

“Nada os preocupe –por nada estéis afanosos–. Antes bien, en vuestras oraciones y súplicas, con acción de gracias, presentad a Dios vuestras demandas –peticiones–. Así Dios os dará su paz que es más grande que todo cuanto el hombre pueda comprender –la paz de Dios que supera todo entendimiento– y esa paz guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos porque estáis unidos a Cristo Jesús.”

I. EL CONTEXTO DE FILIPENSES 4

Ha llegado el momento de las despedidas, los recuerdos, los agradecimientos y las últimas recomendaciones, donde se recalca el propósito principal de la epístola: animar a los cristianos de Filipos a resistir valiente y alegremente, confiando sus vidas a su Señor en todo y bajo cualquier circunstancia.

Para captar el tono emotivo y solemne de lo que dice, no olvidemos que se dirige a la iglesia de Filipos, una iglesia fundada por él –la primera iglesia europea–, entrañablemente amada, a la que se dirige en tono paternal que no paternalista, y a la que recuerda desde la cárcel –probablemente desde Roma o Éfeso–, desde donde escribe la carta en un momento en que no está muy seguro de si va a vivir mucho tiempo más, pues todo parece conspirar contra su vida.

Es una epístola que destaca el compañerismo en el Evangelio, el valor del sufrimiento compartido en las persecuciones y el ambiente de pobreza social del grupo de cristianos a los que se dirige. Ellos son los últimos, los sin voz, los pobres de espíritu, los menospreciados, los que tienen más razones para llorar que para reír, perpetuamente amenazados y, con todo, son los amados hijos de un Dios todopoderoso y benevolente.

Dios nos tiene en cuenta,
nos escucha

Pero, sobre todo, en esta carta destacan, paradójicamente, las diversas llamadas que hace Pablo a fin de recordar que nuestra vocación como creyentes es, sobre todo, motivo de alegría y de serenidad. Una alegría y una serenidad que se fundamentan en la

seguridad de un Dios amoroso, próximo y cercano, una de cuyas maravillas es que **NOS TIENE EN CUENTA, NOS ESCUCHA.**

Esas llamadas que resuenan a través de los milenios transcurridos son también para nosotros hoy. Todo esto no puede ser más actual, cuando la oración a veces se malentiende. Según los extremos, se convierte en un espectáculo, en la hermana pobre y olvidada de las actividades del cristiano –las iglesias moribundas empiezan por desplazar la oración individual o comunitaria–, o en una ventanilla para pedigüeños desvergonzados –léase la llamada Teología de la Prosperidad–.

Una llamada a la alegría que debe ser reconocida por todos los hombres

“Alegraos –regocijaos– siempre en el Señor. Os lo repito: Alegraos. Que todos os conozcan por vuestra amabilidad –bondad–. El Señor está cerca.”

Se ha dicho a menudo que el tema clave de lectura de la carta es el gozo; que en ella, la alegría es la verdadera protagonista. Es el regocijo en el Señor, uni-

dos a Él, no gloriándonos de otra cosa que no sea Él mismo. Es una llamada al regocijo interno y también a que éste se manifieste en un comportamiento positivo ante la vida y los demás. Eso lleva a una actitud de gentileza, de paciencia, de disposición a aceptar sin quejas a los demás tal como son, tal como hizo Jesús; de benignidad para con todos los hombres, sin necesidad de que “toquemos trompeta delante nuestro para anunciar lo amables que somos”. Amabilidad que es solicitud en el servicio humilde y solidario, sin prepotencias.

Acaba este verso diciendo: El Señor está cerca. Una fórmula curiosa que pudiera parecer que refiere a la venida del Señor; algo muy típico de Pablo. Pero resulta que aquí no dice Pablo su venida, su llegada, su día, o algo similar. Esta fórmula es única, por lo que seguramente quiere decir lo que parece: nos habla de un Señor cercano que evoca aquellas expresiones de los Salmos:

“Cercano está el Señor a los quebrantados de corazón”. (Salmo 34:18)

“Cercano estás tú, oh, Señor y todos tus mandamientos son verdad.” (Salmo 119:151)

“Cercano está el Señor de todos los que le invocan, a todos los que le invocan de veras.” (Salmo 145:18)

Es decir: a todos los que no le quieren manipular ni utilizar sino que se confían a Él con la totalidad de su ser. Como decía C.S. Lewis:

Más que cualquier otra cosa Dios quiere tu Yo auténtico.

Pues bien, lo que viene a continuación es una invitación a saborear esa cercanía que se traduce en una escucha que nos humaniza y que nos da la serenidad y la paz de unos corazones que descansan, de verdad, en Él.

Nos hace una llamada a tomar conciencia de que somos escuchados

“Nada os preocupe –por nada estéis afanosos–. Antes bien, en vuestras oraciones y súplicas, con acción de gracias, presentad a Dios vuestras demandas –peticiones–.”

Esa alegría de que hablaba se fundamenta en la seguridad de SER ESCUCHADOS POR DIOS MISMO SIEMPRE Y EN TODO MOMENTO DE NUESTRA EXISTENCIA.

Desde el principio de los tiempos hasta hoy, el ser humano se ha hecho la pregunta de si en ese cosmos inmenso donde él vive sintiéndose infinitamente pequeño –y cuanto más avanza la ciencia, más conciencia tiene de su insignificancia– hay Alguien que se preocupa por su destino, si hay alguien que le escucha. Es una idea que produce vértigo, porque como bellísimamente dijo Pascal:

“Nos preguntamos con el alma en vilo si en el espacio infinito de estrellas indiferentes y soles sin corazón alguien oye nuestra voz.”

En la oración satisfacemos el anhelo de que nuestra voz se escuche. Algo que en nuestro mundo no es poca cosa

Y es que, más que obtener lo que pedimos, queremos que nos escuchen. El cristiano puede soportar que sus peticiones sean rechazadas o no concedidas; lo que no podría soportar su fe sería la convicción de que sus llamadas son soliloquios patéticos e inútiles que se pierden en el vacío del sinsentido, porque nadie las recibe y a nadie importan.

En la oración satisfacemos el anhelo de que nuestra voz se escuche. Algo que en nuestro mundo que vive al galope, trajinando con desasosiego de aquí para allá y donde apenas nos queda tiempo para escuchar a los demás o para que ellos nos escuchen de verdad, no es poca cosa.

Esa seguridad de ser escuchados no se limita sólo a Dios, porque tampoco estamos solos ante Él. Dios nos ha salvado en comunidad y nos ha colocado en su familia, en su pueblo, para que nuestra vida sea apreciada y cuidada, escuchada y acogida con solidaridad y consuelo en diversos ámbitos.

El hecho de que en nuestras oraciones y súplicas, con acción de gracias, presentemos a Dios nuestras peticiones no es una necesidad de Dios, sino nuestra. Dios no precisa información por nuestra parte, Dios nos conoce perfectamente y perfecta y completamente conoce todas nuestras circunstancias. Pero hay una gran diferencia entre ser conocidos por Dios y darnos a conocer a Dios, consintiendo sin reservas en que Dios nos conozca, querer que nos vea por dentro y darnos a su visión de una manera voluntaria y espontánea. Como decía el salmista:

“Examíname Señor”. (Salmo 139:23)

Donde se produce el gran cambio no es en Dios, sino en nosotros. Sí, la seguridad de ser escuchados nos eleva a la categoría de personas y, en nuestro caso, de hijos. Dejamos de ser objetos conocidos, pasivos, y nos convertimos en sujetos activos que se dan a conocer, que se anuncian, se ofrecen y se muestran ante la mirada amorosa del Padre. No hay verdadera oración cuando no nos volcamos ante Dios abiertos de par en par. Como dice C. S. Lewis:

“Cuando nos percatamos del hecho y consentimos con toda nuestra voluntad en ser conocidos de ese modo, entonces nos tratamos a nosotros mismos, en relación con Dios no como cosas sino como personas [...] Quitándonos el velo, confesando nuestros pecados y dando a conocer nuestras

peticiones y súplicas, adoptamos el elevado rango de personas delante de Él. Y Él, descendiendo, se hace persona para nosotros". (C. S. Lewis, Si Dios no escuchase)

Así pues, la ansiedad –por nada estéis afanosos– no debe tener cabida en nosotros, porque siempre tenemos acceso, en cualquier circunstancia, a la oración. Y es la oración la que nos hace retornar desde cualquier situación en la que nos encontremos a la categoría de hijos, la que nos personaliza delante de Dios, nos hace sentir únicos, irrepetibles, nuevos, insustituibles.

Una llamada a disfrutar y saborear el verdadero resultado prometido a la oración

“Así Dios os dará su paz que es más grande que todo cuanto el hombre pueda comprender –la paz de Dios que supera todo entendimiento– y esa paz guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos porque estáis unidos a Cristo Jesús.”

Cuando la oración desplaza a la ansiedad, cuando tomamos real y profunda conciencia de ser escuchados y atendidos, entra en acción ese don maravilloso que trasciende todo entendimiento, todo análisis de la razón y de la inteligencia humana, al que llamamos la paz de Dios.

El Dios al cual oramos es el Dios de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño

No es una paz anestésica; nadie, y Dios menos que nadie, desea para sus hijos la paz del catatónico. Tampoco es una paz que desfigura la realidad, sino precisamente aquella que abre nuestros ojos, aguza nuestra conciencia y nos hace ver mucho más claro todo lo que nos rodea.

Nos ayuda a darle valor a lo que realmente lo tiene y a saber relativizar todo lo que no la tiene. A menudo, nos enseña a reírnos de ello, no con la risa del cínico que es amarga y desesperada, sino con la sonrisa de quien sabe en Quién ha creído y se sabe acompañado por su presencia benévola y poderosa. La presencia que rige la inmensidad de los universos es también la que le acompaña en su cotidianidad, es el Dios de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño.

Y aquí una nota añadida: Nuestros sentimientos de la presencia de Dios –o de Su ausencia– no constituyen su presencia ni su ausencia. Nuestra oración no es la manera de establecer Su presencia, sino más bien nuestra manera de responder a la presencia de Dios, que es un hecho, ya sea que la detecte o no.

Así también, esa paz de Dios no es sólo un sentimiento de sentirnos pacíficos y a gusto con nosotros mismos, sino que, mucho más aún, actúa desde noso-

tros hacia fuera reconciliando y perdonando, convirtiéndonos en pacificadores, en bienaventurados pacificadores, a menudo incomprendidos y despreciados por unos y por otros.

Esa paz actúa dentro de nosotros como un centinela, custodiando la mente y las emociones del creyente frente a cualquier ataque del temor, de la ansiedad o la desesperación.

Esa paz abarca tanto la fuente de lo que somos –el corazón: la mente, las emociones, la conciencia, la voluntad–, como aquello que fluye de nosotros –nuestros pensamientos, nuestros proyectos, nuestras intenciones–. No es un ejercicio de auto-convencimiento lo que se nos pide, ni el ejercicio de una virtud, sino que acojamos lo que se nos da con la sencillez de un niño, con la actitud confiada de quien siente y conoce esa cercanía a la vez poderosísima y tiernísima de su Padre Dios.

III. Conclusión

Hemos visto un texto de la Escritura que nos enseña a recuperar el verdadero valor y las verdaderas consecuencias de la oración. En él, la oración no va ligada al miedo o a los deseos, sino a la alegría, a la serenidad del espíritu y de la conciencia, porque se asume real y profundamente la maravilla de sentirnos escuchados y cercanos a un Dios que siempre y en todas las circunstancias es un Padre amoroso y eterno que, por boca de Pablo, nos llama a:

- La alegría verdadera y profunda.
- Tomar conciencia de la importancia de sabernos escuchados.
- Disfrutar y saborear existencialmente ese don que se nos otorga.

Juan Fco. Muela